

Contraria a esta práctica de hubieron fiestas, habrán toros, es lo de decir "son ya las cuatro," "dio las seis," "dieron las doce," en que a fuerza de ser uno mismo el sujeto se formó la elipsis. Todos estos son modismos impecables, sin negar que el primitivo fue "dio las dos." En esta proposición, reloj está implícito y personificado, y es análoga a "cantan en la casa vecina," "¡que me matan! ¡Favor!" (1). La cosa dada es la hora, palabra que se subentiende por elegancia en muchas frases como en "*La del alba* sería cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cincha del caballo" (2); o en este paso de Ricardo León: "*La del alba* sería cuando el señor de la torre, pocos días después de la tragedia, se levantó del lecho, con extraño júbilo" (3).

Pero os habrá ocurrido a la mente una cuestión que estará por salir de vuestros labios: ¿uno de los proscritos de Argos, de la tierra de los calores sofocantes y de los soles tostadores de cutis, venir a tachar de inesmerados, descomedidos y poco pulcros en negocios de lenguaje a los habitantes de Atenas, la tierra del clima delicioso a cuya influencia así entreabre el clavel sus pétalos de púrpura en hortalizas y jardines, como brota la rosa lozana y perfumada en lo mejilla de las damas? Así es lo cierto, y más que es notorio que nosotros también hemos pecado contra la pulcritud con que merece ser tratada matrona tan encumbrada de linaje como lo es el habla; no me vence, empero, vuestra observación, pues tengo de replicaros que no he querido, ni lo habría podido, referirme a la literatura de libros, revistas, folletos y periódicos bogotanos (que hablar claro no son del todo inocentes), ni tampoco al decir correcto siempre de las personas cultas, he querido sólo entro-

(1) Citados por Bello estos dos últimos ejemplos. Gramática, pág. 205.

(2) CERVANTES, *Quijote*, Parte primera—Cap. IV, pág. 38.

(3) LEÓN, *Amor de los amores*, Parte cuarta, Cap. I, pág. 259.

meterme en la manera de conversar el pueblo, que así gramático y todo como lo llama Cejador y Frauca, incurre en descuidos no dignos de imitarse.

Termino este mal farfullado discurso, rogando a mis compañeros de academia que seamos esmerados y cuidadosos para con el lenguaje, a fin de que no se nos moteje de prevaricadores, como apellidó Clemencín a Sancho Panza, porque llamó Giropete a Esopo, el inmortal fabulista, y suplicando también que cuando no sea parte a tornarnos esmerados y cuidadosos ninguna de las razones que he mencionado, no olvidemos aquella gran palabra de los polacos: "La lengua es la patria."

JOSÉ MANUEL MANJARRES

Bogotá, 27 de abril de 1914.

UN CAMBIO

Una estancia estrecha, sombría y malsana...

La ventana, con los cristales empañados, se abre sobre un patio, de donde suben fétidos olores. Enfrente una pared ennegrecida y rota, donde otras ventanas ofrecen la perspectiva de montones de cristales rotos, remendados con papel; pingajos tendidos para secarse, y pedazos de tiestos donde algunas plantas miserables mueren poco a poco.

Penetremos en la pobre estancia. Apenas se puede dar el nombre de cama a unas maderas desunidas, medio cubiertas por un colchón destrozado y por unas sábanas rotas. Dos o tres sillas sin asiento y una mesa coja, desaparecen bajo una multitud de heterogéneos objetos: vestidos desgarrados, mendrugos de pan, y un montón de trapos sin forma, nombre, ni color.

Un niño de dos o tres años juega, sentado en el suelo, con un soldadito de plomo, falto de cabeza, y cerca de la ventana, una mujer enferma, desgredada, cose con agitación febril una grosera camisa.

Está anocheciendo; la poca luz que deja penetrar la elevada pared, se extingue rápidamente; la mujer sigue cosiendo, casi a tientas, y el niño comienza a llorar de hambre.

La madre se levanta suspirando y va a cortar una rebanada del mendrugo colocado sobre la mesa.

—¡Está muy duro, madre!—dice el niño mordiendo pensamente la seca corteza.

La mujer dirige hacia el pedazo de cielo que podía percibir levantando la cabeza, una mirada llena de desesperación.

—¿Cómo es posible vivir tan abandonada?—murmura.—No sé por qué no cojo a mi hijo y me tiro con él al río.

Enjuga con un gesto de cólera una lágrima furtiva, que oscurecía sus ojos, y se pone otra vez a coser rápidamente.

¿Qué es lo que la detiene? Es sin duda la imagen amarillenta clavada en la pared con cuatro alfileres: el recuerdo de su primera comunión. No sabe bien todo lo que esta imagen le recuerda, por qué lazos la encadena con el pasado. La habían enseñado, cuando preparaban su corazón para la venida del Maestro, que Dios ama a los pequeños y a los pobres, que cuenta sus lágrimas, que guarda un lugar en el cielo para los resignados en la tierra, pero también que su cólera arroja en un lugar de penas a los que se rebelan contra su ley. Y, aunque ya no va tan a menudo a la iglesia, como antes conserva el temor del suicidio y del infierno, y cada noche hace balbucir a su hijo el nombre de aquella Madre, a quien ella tanto había amado antes.

Pero esta noche se halla verdaderamente al borde del abismo; su corazón está lleno de cólera y desesperación; la visión del agua sombría y silenciosa la excita: el día muere y el niño llora...

—Madre, han llamado:—dice el pequeño, prestando oído a unos golpecitos que suenan en la puerta.

—¡Que entren!—responde brutalmente—Los pobres no tenemos cerrojos para guardarnos.

La puerta se abre y una aparición inesperada se presenta en su dintel. El niño se levanta sorprendido: la mujer continúa en su sitio.

—Me han hablado de usted...—dice una dulce voz.

La recién llegada entra, aunque no la inviten. Es joven, pero su rostro tiene una expresión de gravedad casi austera. Un largo velo de crespón la rodea y un traje negro indica que ha pasado los dolores de la muerte de algún ser querido.

Un penoso silencio reina en la habitación. La señora se adelanta y sonríe al muchacho.

—¡Qué hermoso niño! ¿Qué edad tienes?

El interrogado, tímido, no osa responder, pero tampoco se atreve a huir. Ella se inclina, baja la cabeza y abre un saquito, que pende de su brazo.

—¿Quieres un dulce?...

Los ojos de la madre, como también los del niño, brillan mirando ávidamente la golosina; y un poco más animada, la madre dice:

—Dá las gracias, salvaje... No tengo ni una silla que ofrecerle a usted; está todo tan sucio aquí...—añade después de un gesto de desdén.

—Comprendo que cuesta ocuparse de la casa cuando se trabaja... como no hay tiempo...

—¡Quiá, no es eso! Hoy he tenido que acabar un trabajo; pero ordinariamente no tengo nada que hacer, y la casa no está por eso más limpia.

Los dulces ojos de la señora encuentran los suyos y murmura con tono más bajo y muy cariñoso:

—¿Está usted desesperada?

La obrera lucha en su corazón con la gana de llorar y procura reavivar su cólera.

—¡Desesperada! ¿Qué entienden de eso las señoras como usted? Tienen todo lo que les hace falta y sus hijos no se acuestan en ayunas.

—Sí, es verdad; tengo más dinero de lo necesario; por eso miro como mi deber compartirlo con los necesitados... Los ricos deben ser los ministros de Dios... En cuanto a la desesperación, no hay más que la pobreza que la ocasione... No tengo más que veintitrés años... y ya soy viuda...

En la creciente oscuridad, la mujer la mira con una expresión profunda de piedad, y ella:

—¡Preferiría ser viuda a tener un mal marido!— exclama con desesperación.

—¡Pobre mujer!

—¡Papá no es malo!—grita una clara vocecita, y el niño corre hacia su madre, a quien mira fijamente en los ojos.

Una inesperada sonrisa extiende de pronto el rostro contraído de la obrera. ¡Era tan bueno y tan gracioso su hijo!...

—¡Hé ahí un buen hijo!—exclama la viuda, sonriendo también.

Y las dos mujeres cambian una mirada.

—Es verdad que su padre es bueno para él; a mí me pega algunas veces, pero no toca al niño, ni aun cuando está borracho.

—Ese es un buen sentimiento; pero ¿no se podría con el amor que tiene con el niño obtener un poco de bondad para la madre?... ¿Hace mucho tiempo que están ustedes casados?

La mujer duda un momento... un rostro atento tornado hacia ella y unos ojos llenos de simpatía solicitan su confianza. ¡Es tan dulce comunicar con otro sus penas!... Cuenta su historia... Un casamiento de amor... Eran felices en su aldea: ella costurera y el carretero. Pero en seguida la ciudad les había traído a su seno. ¡Oh, la ciudad! ¡Un abismo, un lazo tendido para perder las almas y los cuerpos!... Al principio, hallándose sin trabajo, todas las economías fueron devoradas, los muebles vendidos uno a uno... Dos niños

muerdos en una epidemia; los primogénitos, dos hermosos muchachos... Sus fotografías, hechas en un día de feria, estaban allí... Y después su marido había tenido malos compañeros, hombres sin conciencia, y había dejado el camino de la iglesia para tomar el de la taberna. Pasaba días enteros sin trabajar, y cuando trabajaba, no daba nada de su salario, ¡sólo caricias para el pequeñuelo! ¡Cuánto sufría!... Y, sin embargo, el río corría tan cerca... y no sabía por qué...

La joven la interrumpió.

—Ya sabe usted que Dios lo prohíbe:—dijo con tono de dulce autoridad.

—¡Dios!, si es bueno, ¿por qué me deja sufrir tanto?

—Allá arriba tiene tesoros de reserva, y EL, que ha querido ser aquí en la tierra un obrero, un pobre, sabe que la miseria y el dolor son el mejor precio... No les abandonará, puesto que me envía a ustedes.

—¡Nunca he pedido limosna!

—Pero no desdeñará usted la ayuda de una mujer que sufre también, y que no halla otro alivio en la tierra que consolar a los que sufren. También yo tengo un niño como el de usted. Ya le traeré otro día...

Las dos mujeres siguen hablando, y la joven viuda, creyendo haber hecho algún progreso en la confianza de Juana, le dice:

—Se queja usted de que su marido no permanece en casa... Si la arregláramos un poco, le agradecería acaso...

—Ya no tengo ánimo.

—Yo tengo muebles... que no me sirven; podría enviarles algunos... En un día se empapelará este cuarto... Y si los cristales estuvieran lavados, habría más luz... Además encontraré trabajo para usted...

Después de esto se dirige hacia la puerta, en ademán de irse; pero antes abre su bolsita, y el niño, que se había acercado con curiosidad, ve sacar de ella un pedazo de carne fría, huevos y otro pastel.

—Acepte usted esto, puesto que ya somos amigas, y haga una buena cena a su marido... Hasta la vista...

Cuando Santiago volvió, enfadado, triste, dispuesto a reñir con su mujer, halló la mesa lavada y el pedazo de carne en un plato.

—¡Papá! ¡papá! ¡Dos pasteles y carne!...

El padre, estupefacto, miró a su mujer.

—Una caritativa señora...

—¡Una señora de la caridad!—gritó el obrero furioso.—¡Enviada por los clericales!

No quiero en casa a esa gente, ¿lo oyes? ¡Y si no le das con la puerta en las narices, seré yo quien la eche rodando por la escalera!

—Sin embargo ha hecho muy bien en venir esta tarde... Ya no había nada en casa que comer, más que esa corteza de pan duro... Tu aguardiente mantiene el calor en tu estómago; pero el niño lloraba...

Santiago no respondió. Su mujer sentó el niño en la mesa y le dio de comer. Contristaba el ver la avidez de aquel pobrecito... El padre le miró, lanzó un suspiro, después se acercó poco a poco a la mesa y se quedó mirando con envidia el desacostumbrado banquete.

—Si quieres, ahí lo tienes—dijo Juana fríamente, y no se volvió a ocupar más de él. Entonces tomó una silla, atrajo hacia sí, con un gesto bestial, el plato de carne, y comió...

II

La caritativa señora había vuelto... Una tarde, Santiago halló la pieza empapelada. El día siguiente, un colchón nuevo, cubierto de una colcha, nueva también, y después, un armario.

Otro día, Miguelito enseña a su padre una blusa nueva, con la que está muy contento, y Juana, para honrar el hermoso vestido nuevo, que ha reemplazado a sus harapos, peina sus cabellos como antes.

Santiago gruñe; grita contra los ricos que humillan a los pobres, y, sin dejar de tomar su parte en el nuevo

bienestar introducido en su casa, se venga odiando a la caritativa viuda, a quien no ha conocido.

Cuanto más se halla en contradicción con sus principios, más invectivas lanza contra su bienhechora, y, como ha descubierto que su mujer la estima, redobla sus injurias para hacer sufrir a Juana, porque es para él un reproche viviente. Si fuera negligente, sucia o perezosa... Eso le excusaría el gastar su dinero para sí solo y el abandonar su casa... Pero la casa no era ya un chiribitil. La mujer ya no era aquella criatura abandonada, sucia, vestida de harapos, a quien creía tener el derecho de abandonar. Y hasta, si no hubiera sido por miedo a sus camaradas, hubiese pasado las noches con ella, hablando de su vida en la aldea, de su familia... Todavía era hermosa su mujer, y ahora, que había tomado gusto a su hogar, la miraba con respeto... pero también con cólera...

A causa de una influencia misteriosa, se había remontado a un nivel a donde él no podía seguirla. Ella le despreciaba, bien lo veía, cuando pasaba días y días sin trabajar o cuando volvía a casa haciendo esos. ¡Verdaderamente se mostraba demasiado buena para con él! Hasta el niño la prefería... ¡Y de todo eso tenía la culpa la caritativa señora!

III

Miguelito está enfermo: se agrava por momentos; tiene una sorda tos de perro, y está tan ronco, que no se oye su voz; a veces se ahoga, pero todo eso pasa y cuando queda tranquilo, pide sus juguetes.

—Eso no es nada:—dice Santiago, que va a partir para el trabajo.

Juana encuentra su mirada inquieta, y dice con un tono menos seco que de ordinario:

—Habría que llamar al médico...

—¡Bah! ¡no tiene más que un poco de fiebre!

—Sí, pero una tos tan ronca...

Como ha perdido la costumbre de abrir su corazón a aquel marido negligente y brutal, duda un poco; pero el dolor impreso en su rostro le entenece de pronto... Es el padre de su hijo, y todavía existe este lazo entre ellos...

Algo se funde en el corazón de Juana; toma entre sus manos la de su marido y dice en voz baja:

—¿Sabes lo que creo?

—No; dílo y veremos.

Está conmovido temiendo lo que su mujer va a decir, consternado por su gesto de dolor.

—Es el crup...—murmura, buscando en sus ojos si piensa lo mismo.

—No, no—protesta—¡Un niño que juega, que ríe!... Estás loca, mujer.

Pero ella se alegra de que no le crea.

—¿Quieres que vaya a casa del doctor?... Vendré con él... No me importa el jornal, y se dirige a la puerta, pero ésta se abre de pronto.

—¡Es usted, señora!...

Juana lanza un grito de alegría.

—El niño está malo.

—¡Malo!... ¡No lo parece!... ¿Qué tienes, querido?

Se acerca al niño, que mueve los labios, pero su voz está tan cubierta, que ningún sonido llega a los oídos de la señora.

—No es más que una gran ronquera.

Ve el rostro inquieto de Juana, pero al irle a hablar, lo impide el médico, que entra en la estancia, acompañado del padre.

El doctor comprueba la ronquera siniestra, ve la garganta tapizada de membranas, y pronuncia la palabra fatal: ¡Es el crup!...

El padre comienza a temblar y la madre, presa de una crisis nerviosa, hace lanzar al médico una exclama-

ción de impaciencia. Pasea su mirada al rededor de él y halla el rostro desencajado de la señora de Lures.

—Ya lo temía yo, según lo que me ha dicho este hombre... Pero todavía es tiempo.

El niño los miraba muy serio, con esa tranquilidad de los niños enfermos que tan profunda emoción causa a las personas que los rodean.

—Mamá, ¿por qué lloras?—decía—¿es que me voy a morir?

Juana le interrumpió con un grito agudo, y comenzó a suspirar convulsivamente, mientras su marido la miraba como atontado.

La señora de Lures se acercó discretamente.

—¿Qué hay que hacer, doctor?—preguntó.

—Necesitamos agua hervida... Traiga usted esa lámpara de alcohol.

La viuda encendió la lámpara; pero de pronto el médico, sorprendido, dijo:

—Dispense usted, señora: mi deber es llamar a usted la atención sobre el peligro que corre esta familia... Usted no debe permanecer aquí... No tiene usted obligación alguna con esta gente... Si tiene usted hijos y quiere evitar el contagio, le aconsejo que se retire.

Una repentina palidez cubrió el rostro de la joven. No había conocido el temor de contagiarse en sus frecuentes visitas a los pobres; pero... a su hijo, a su querido Jorge, el legado supremo de un llorado esposo, ¿le iba a llevar el germen de aquella dolencia mortífera? O si muriera, le iba a dejar privado de su cariño, solo entre los mil peligros del mundo...

Miró al obrero, que temblaba como un enfermo de cuartana, y a la mujer, que llorando estrechaba contra su pecho al niño asustado... Y el médico lo había dicho: no había momento que perder...

La divina caridad venció en ella... Y fue en sus brazos donde el niño, que no podía ya hablar ni llorar,

sufrió la ligera operación que ha salvado tantas vidas, que ha vuelto la alegría al corazón de tantas madres... Y no le dejó hasta que el doctor hubo declarado que estaba satisfecho de la operación y prescrito el régimen que era preciso seguir.

El niño ya no lloraba.

—Ahora voy a enviarte juguetes, querido mío:—dijo la señora:—Juana: anímese usted, y cálmese. No hay que asustar a Miguelito.

—Qué buena es usted, señora:—balbució la pobre mujer.

—Le aconsejo a usted, señora—interrumpió el médico,—que tome usted precauciones antes de tocar a las personas de su casa. Aquí está la fórmula—añadió, escribiendo en una hoja de su cartera—de un desinfectante para lavarse las manos y la cara; los vestidos deben ser lavados al instante, y ustedes harían bien—continuó dirigiéndose hacia el marido y la mujer—en tomar las mismas precauciones.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Juana, como comprendiendo por primera vez el peligro.—No he pensado, pobre señora, que haya usted tomado la enfermedad de mi hijo. Debería haberla dicho que se marchara pronto, ¡usted no lo sabía!

—Sí lo sabía; pero no podía abandonarles así, y además, quiero mucho a este niño...

Los ojos de Santiago, dilatados por la sorpresa, se clavaron en ella, mientras la dulce voz sonaba todavía: “quiero mucho a este niño.” Ella tenía otro, ¿y no temía exponerle?

Habiendo sido tan grosero hacia ella, cada vez que la había encontrado, no sabe cómo agradecerle los favores que les hace. Quisiera estrechar aquella mano delicada que ha sostenido a su hijo durante la operación, pero como la ha despreciado otras veces, ya no se atreve. La señora de Lures abrazó a Juana. Saludó con una sonrisa a Santiago, como si no se admirara de su silencio, y salió.

IV

Apenas la señora de Lures entró en su casa, huyendo de todo encuentro, cuando se sintió estrechada por dos bracitos cariñosos. Su hijo Jorge, que venía de paseo, la había reconocido de lejos, y corrió jadeante para sorprenderla sin ser visto.

—¡No me toques! ¡No te acerques!—gritó con una voz angustiada, que no tenía nada de humano.

Se arranca violentamente a la presión del niño, que sobrecogido de miedo y de disgusto, quiere abrazarla, y, repelido, sin comprenderlo, por la primera vez, cubre de besos sus vestidos.

—¡Jorge! ¡Por Dios!... ¡Véte!... Vengo de casa un enfermo; ya me abrazarás cuando haya cambiado de vestido...

Tiene en la mano la botella que contiene ya preparado el desinfectante. La abre en medio de la calle y lava la cara de color de rosa que se ha refugiado en sus vestidos.

—Ahora estoy tranquila—dijo al fin, consolada—Véte a jugar y esta tarde me abrazarás cuanto quieras.

Al día siguiente esperó a Santiago en la calle. Quitóse éste la gorra, y le dijo que Miguel iba de bien en mejor y que ya había recobrado la voz.

—No me crea usted egoísta si no subo ahora—dijo—El médico dice que podía ser peligroso antes de la desinfección. Y ya sabe usted que también soy madre:—añadió con una sonrisa.

—La señora ha sido muy buena:—balbuceó Santiago.

Y todo el día, mientras trabajaba, rumió lo que debiera haber dicho. Por la tarde, cuando vio a su hijo salvado, divirtiéndose con los juguetes enviados por la señora de Lures, pensó que aún para los pobres es buena la vida, y aquel día no salió como de ordinario para ir a la taberna.

—¿No ha vuelto la señora?—dijo al cuarto día, viendo que su mujer estaba inquieta.

—Ya sabes que no vendrán sino el martes para desinfectar el cuarto.

—Sí, pero pudiera haber dado señales de vida; a lo menos escribirte una palabra. Esas gentes, ya lo ves, hacen el bien por capricho.

—Dices eso porque el pequeño ha pedido uvas y ella sola hubiera podido dárselas—dijo la pobre madre con lágrimas en los ojos.—Temo que esté enferma. Debías ir a su casa, un hotel que tiene una gran ventana y ladrillos de color de rosa en las cornisas.

—¡Para que me tomen por un mendigo y me echen a la calle! Muchas gracias. Véte tú, si quieres.

Era domingo.

Echó una mirada sobre su blusa, y vio que todavía estaba limpia, aunque llena de remiendos; cepilló su sombrero, se lavó las manos y, sin decir nada, se fue a vagar por las inmediaciones del hotel.

La vergüenza le impedía llamar. ¿Qué diría el portero? Primeramente, si se le mirara con desconfianza, era seguro que diría disparates. Un hombre vale lo que otro, y un honrado obrero es igual que un lacayo que vende la libertad para ser bien alimentado.

Vaciló tanto tiempo, yendo y viniendo ante el hotel, que un guardia le miró de soslayo. Pero, armándose de valor, apoyó su grueso dedo rugoso sobre el timbre metálico, brillante como el oro.

El sonido que se oyó le impresionó. Vio un jardín plantado de palmeras y frunció el entrecejo, maldiciendo el lujo de los ricos.

—¿Qué quiere usted, amigo?

Un buen hombre de cabellos grises estaba delante de él, no pareciendo asombrado de ver allí un obrero.

Santiago sintió cierto orgullo al pensar que no iba allí a pedir nada.

—Mi mujer es quien me envía para saber noticias de la señora, a la que no ha visto desde hace tiempo.

—La señora está buena; es el señorito el que está enfermo—respondió el portero tristemente.

A Santiago le dio un vuelco el corazón.

—¡Enfermo!...

La voz se ahogaba en su garganta.

—Pero ¿es de gravedad?

—¡Es el crup!—contestó el anciano sacudiendo la cabeza.

¡El crup! Esta palabra ¿había impresionado más a Santiago cuando su mujer se lo había dicho al oído?

—Pero ¿no existe el fisiol?—exclamó con acento que él mismo desconocía.

—Sí; pero la primera inyección no ha dado ningún resultado, y acaban de probar la segunda.

Esperó un instante para ver si Santiago tenía más que decir, y después cerró lentamente la puerta.

El sol alumbraba espléndido. Había mucha gente en la amplia y alegre calle, padrese hijos, decidores y sonrientes. Santiago se preguntó cómo podían estar todos tan despreocupados... El niño Jorge, también un hijo único, iba acaso a morir, porque su madre había tocado al pobre Miguel...

—¡Si muere—exclamó colérico—es que Dios no es justo!

¡Pobre Santiago! Había olvidado que Dios es siempre justo, aun cuando no se le comprenda, y que si arrebatara este niño a su madre, como una víctima de la caridad, sería para devolvérselo eternamente en el cielo, con alegrías, de las cuales apenas nos podemos formar idea aquí abajo. Una horrorosa angustia se apoderó de él. ¿Qué podría hacer para evitar la desgracia?...

Buscó en su cabeza, escrutó el pasado, que era la mejor parte de su vida, y donde los buenos pensamientos tenían su raíz... La buena mujer que había sido su

madre, cuando tenían enfermos en su familia, se iba en peregrinación a Nuestra Señora de la Salud.

—¡ Una peregrinación !—A este pensamiento se puso a reír a carcajadas.—¿ Qué dirían de eso los camaradas ? ¡ Qué tontería ! ¡ Se burlarían de él si supieran que tal idea había germinado en su mente !

Así iba por las calles, pensando siempre en el niño enfermo, representándosele con su voz apagada ; su mirada de angustia cuando las sofocaciones se apoderaban de él.

Pero ¿ por qué había venido al campo ? Los arrabales se extienden ante su vista, con sus casitas blancas y sus floridos jardines, y se pierden a lo lejos entre masas de bosques y azules colinas. Después de media hora de marcha, Santiago se encuentra en la campiña, la verdadera, con campos, prados y árboles. Ya han segado el heno: la hierba, diseminada para secarse, exhala un olor delicioso. Santiago se embriaga con el aire puro, las emanaciones cálidas de la tierra y el espléndido sol de julio. Los trigos todavía no se han acabado de segar. La avena está muy hermosa este año . . . El centeno se doblega bajo el peso de las espigas. ¡ Ah ! hé aquí la tierra menos rica sembrada de amapolas ; qué bonito es todo esto ; y se divierte cortándolas como un muchacho.

Ya hacía dos meses que Santiago no iba al campo. El atractivo estúpido de las tabernas, las voces ruidosas de los camaradas, ¿ valían tanto como aquel aire puro que llena los pulmones, y aquel soberano silencio, sólo turbado de cuando en cuando por el canto de algún pajarito ? Santiago era hijo de labradores y, no podía negarlo, se sentía feliz entre las espigas que ondulan ; las gavillas de heno que olían tan bien y aquellos blancos senderos que desembocaban en la selva.

Y además al campo se puede llevar la mujer y el hijo. Y cuando creciera este último, ¡ sería curioso hacerle distinguir la cebada del centeno ! Se llevaría en

una servilleta un panecillo, un salchichón y un puñado de cerezas para merendar.

Decididamente Santiago cree haber errado el camino de la vida. Primeramente era preciso no haber venido a aquella desgraciada ciudad. ¿ Quién sabe ? Pudiera ser que los dos primogénitos hubieran sobrevivido en cualquier parte, fuera de aquella casa malsana. Y además él quería mucho a Juana, antes de conocer a los compañeros y frecuentar la taberna mal oliente.

De repente mira a su alrededor. ¿ Dónde va ? Es el camino de la aldea o de Nuestra Señora de la Salud. ¡ Una peregrinación ! ¡ No, qué disparate ! ¿ A qué iría allí ? ¿ A rezar ? Pero ¿ se acordaría de alguna oración ? Además él era un tunante y Dios no le escucharía . . .

Pero ¡ si probara ! . . . El corazón se le encoge al pensamiento de aquel niño que está allá abajo, como estaba su pobre Miguel . . . La señora caritativa . . . hay que ser francos . . . es su bienhechora ; ha tenido piedad de ellos ; ha expuesto su hijo.

“ ¡ Yo lo sabía ! ” No puede olvidar aquellas palabras, ni las otras, que tanto le conmovieron : “ Yo quiero a este niño. ” ¡ Ya ha probado que le ama ! La difunta madre decía que era infalible ir a aquella capilla . . .

Debe ser ya la una. Andando de prisa y volviendo pronto estaría en casa a las seis. Juana no le espera, y Santiago se va todos los domingos donde quiere . . . y también los lunes . . . Tiene vagas visiones de domingos muy diferentes y se le mete en la cabeza el pensamiento de merendar en la pradera.

A medida que se aleja de la ciudad parece que deja atrás los malos sentimientos, las dudas, los rencores, la envidia, la maldad . . .

Se decide por fin, y acelera el paso . . . Hace mucho calor ; se quita la americana. Sigue el borde del camino, donde hay un tapiz de césped ; atraviesa los prados y los campos y reposa un instante bajo los árboles de

un bosque. Acullá se alza una hostería, pero Santiago pasa sin pararse; tiene su idea, hace sonar en su bolsillo un puñado de monedas, y se contenta bebiendo en el arroyo un trago de agua fresca.

El sol es ardiente. Santiago se siente fatigado porque no está acostumbrado a andar. El sudor corre sobre su frente y sus pies están lastimados. A pesar de esto, avanza sin disminuir la rapidez de su marcha.

Aquí está la carretera. A la derecha, un pueblecito. ¡Oh!; Seguramente vendría un día con Miguel!... Si su antiguo amo tuviese necesidad de un obrero... La visión de la taberna pasa ante él, y le deja yerto. Se diría que hace siglos desde el día en que Miguel estuvo a las puertas de la muerte; el miedo le ha cambiado completamente.

¡Cambiado! Es verdad, puesto que va en peregrinación.

Se pára de repente. ¡No, es demasiado! ¡Ir él a una iglesia bajo este sol!... Es la última tentación, pero el pensamiento del enfermo triunfa.

Y la carretera huye bajo su firme paso. Santiago corre soportando la fatiga y el calor. Al fin aparece la capilla, envuelta entre sus frescos árboles. La madre de Santiago entraba por aquella puerta y le levantaba a él para que mojara sus dedos en el agua bendita. Por recuerdo de su madre. ¡Adelante! ¿Es torpe? ¡Nadie le mira!

Va a plantarse de pie delante de la antigua imagen de madera de encina, tallada por un sencillo artista. Inclina un poco la cabeza y toca casi con los labios a Jesús, pero es a Santiago a quien mira, Santiago a quien parece escuchar.

Este no sabe qué decir. Revuelve entre las manos su gorra; tiene miedo de no acordarse de una oración de aquellas que sabía antes.

Al rededor de la imagen hay exvotos, placas de madera con la inscripción: *gracias* o *agradecimiento*, pier-

nas y brazos de cera, mucetas, corazones de plata. Y ¿se han engañado aquéllos al creer que la Virgen los ha curado?

Santiago no piensa discutir. El mal período de su vida parece olvidado: se apodera de él una emoción vaga y de repente cae de rodillas.

—No, no dejéis morir a su hijo; no podría yo mirar al mío sin remordimiento.

Después se le ocurre otra idea. ¿Quién es él para obtener lo que pide? Un mal esposo, un mal padre; porque dejar morir de hambre a su hijo no es precisamente amarle.

—Dios te salve, María... No se me ha olvidado:— la dice hasta el fin y añade:—No merezco ser escuchado, pero si el pequeño se cura, seré otro hombre.

Y ahora no siente la extraña impresión de antes. Está allí como en su casa. Va á comprar una velita de cera a la anciana que está a la puerta; la enciende él mismo y se alegra de ver cómo la llama arde. Después, volviendo a la puerta, compra dos medallas de plata. Si es una locura, puede permitírsela, porque, a pesar del calor y del polvo, no ha gastado nada en vino ni en cerveza.

Pero todavía no ha acabado. La madre hacía bendecir aquellas cosas. ¡Cuánto hubiera reído Santiago si le hubieran dicho que hablaría a un cura! A pesar de esto se acerca a un anciano sacerdote, que lee un breviario ante un altar, y le dirige cortésmente la palabra. Y cuando el sacerdote le devuelve las medallas, dice:

—Si no es abusar de su bondad, señor cura, ¿querría usted decirme una Avemaría por un niño enfermo?

—¿Es de usted?—preguntó con interés el anciano.

—No, el mío ya está curado; el de una mujer viuda.

—Con toda mi alma, amigo mío.



VI

Ya está cansado, muy cansado, cuando las casas de los arrabales aparecen de nuevo. El sol ha bajado; el cielo tiene tintes rosáceos. Su corazón late apresuradamente cuando enfila la calle donde está el hotel, y sólo cuando toca el timbre de la puerta, se acuerda de echar una mirada a sus polvorientos vestidos.

El portero le reconoce y le mira con sorpresa.

—Dispense... soy yo otra vez... El pequeño ¿está mejor?

—Nada se sabe todavía; el médico vendrá esta noche.

—¿Querría usted dar esto a la madre? Viene de Nuestra Señora de la Salud, y es de plata—añade con orgullo.

El portero se siente emocionado.

Uno de los favorecidos por la señora, piensa, y retiene a Santiago, que iba a irse.

—Espere usted. Si la señora puede, va a bajar, y usted mismo le dará la medalla...

—Si me dijeran que he entrado en casa de una aristócrata, para darle una medalla bendita...—pensó Santiago, temeroso.

Pero en el fondo siente una gran emoción con un poco de mala vergüenza. Ya no tiene tiempo de volver atrás. La señora de Lures está delante de él... Es espantoso lo que ha cambiado... Pálida, con un círculo negro al rededor de los ojos.

—Estoy muy agradecida de que usted haya venido.

Y le tiende una mano, que Santiago estrecha fuertemente.

—¿Va mejor?

La voz se ahoga en su garganta y no puede añadir palabra. La señora de Lures levanta un instante los ojos al cielo, luégo los clava sobre él llenos de dolor.

—Lo sabremos esta noche.

Entonces Santiago vence su vergüenza y le tiende una de las medallas.

—Mi difunta madre tenía confianza en Nuestra Señora de la Salud... Yo no sé decir oraciones, pero he ido allá abajo; he recitado un Avemaría, y he hecho bendecir esto para su hijo. Es de plata.

Nunca olvidará la expresión de agradecimiento que se pintó sobre el rostro de aquella madre, ni las lágrimas que rodaron por sus mejillas:

—¡Voy a ponérsela en seguida al cuello!—exclama—¡Gracias! ¡Si Dios le salva, creo que lo deberé a lo hecho por usted!

VII

Verdaderamente es otro hombre cuando entra en su casa, donde Juana ha pasado sola con el niño aquel largo domingo.

Antes, una oleada de cólera le hubiera acogido, Juana está calmada; pero Santiago encuentra su mirada fría, cargada de silenciosos reproches.

—¡Hé ahí cómo se juzga mal de un marido—dice con voz que tiembla un poco mientras quiere reír.—¿Me creías con los compañeros en la taberna?

—¿Por qué no lo hubiera creído?—preguntó ella secamente.

Santiago no sabe cómo decir lo que acaba de hacer.

Traigo algo para éste—dice haciendo un signo a Miguelito.

Una mirada curiosa, ardiente, sigue sus movimientos, mientras saca del bolsillo de su chaleco un papeliño bien doblado. Lo abre, y la medalla de plata brilla bajo un último rayo de luz. El niño lanza un grito de alegría, y la madre, primero estupefacta, se anima de repente.

—¡Es de Nuestra Señora de la Salud!

Su mirada busca la de Santiago.

—He ido allí abajo... por el hijo de la señora... También él tiene su medalla, y su madre dice que si cura, es a ella a quien lo deberá.

— ¡Tú la has visto! ¡Has estado allá abajo! ¡Así... sin decir nada!

Juana se enternece. Toma su pañuelo y lo pasa por la frente, llena de sudor, de su marido.

—Espéra; voy a hacer la sopa... Miguel da a papá las alpargatas; tiene los pies hinchados...

Enternecido por estos mimos no acostumbrados, Santiago se pone muy alegre.

—¡Bah, todavía no soy un mendigo!... Las medallas son de plata... Es mi salario... Muero de sed, pero no he pasado el dintel de una taberna... No iba a dar una medalla de cobre a ese marquesito, y nuestro chico puede llevar la plata lo mismo que él. Vamos, mujer: vén a comer la sopa a mi lado, y voy a contaros lo que he visto en el campo.

—¡Oh, el campo!—repite Juana, enjugándose los ojos.

—El domingo os llevaré... y además tú no sabes lo que decía: el día que se necesite un buen obrero allí, partiremos para el país.

Juana llora mientras pasa al cuello de Miguel, encantado, la medalla de plata.

VIII

El mal tiempo ya pasó. En un cuarto, lleno de sol, al extremo de la rústica aldea, recibe Santiago la visita de la señora de Lures.

Aqué es, gracias a ésta, carretero; también es cantor y piensa ver un día a Miguel vestido, con la roja sotana, responder a las oraciones del sacerdote o balancear el incensario delante del altar. Esperando ese día, los dos niños juegan en el rincón del jardín, donde Juana cultiva legumbres, y Santiago se siente orgulloso de ver suspendida a la cadena de oro de Jorge la medalla de Nuestra Señora de la Salud.

Y la joven viuda, enternecida, piensa en el cambio misterioso que produce en las almas la caridad.